

ANA MARÍA GISPert-SAUCH COLLS

LA PALABRA: MUERTE Y PERMANENCIA*

THE WORD: DEATH AND PRESENCE

LE MOT: MORT ET PERMANENCE

Resumen

La autora expone sucintamente el significado de la «palabra» a través de la historia. La palabra es exclusiva de la persona humana y permite la comunicación oral y escrita entre los humanos. A continuación, se analizará el proceso de las palabras, las cuales pueden crecer semánticamente a través del tiempo, pueden transformarse, pueden morir y hasta «resucitar» en nuevas formas llamadas neologismos. El estudio etimológico de las palabras permite conocer el sentido prístino de las mismas y su proceso.

Palabras clave: Palabra; etimología grecolatina; cambios semánticos

Abstract

The author briefly explains the meaning of grammatical words through history. The word is unique to the individual and allows oral and written communication

* Ponencia presentada en la Semana de Lingüística organizada por la Academia Peruana de la Lengua, la Casa Museo Ricardo Palma y el Instituto de Investigaciones Humanísticas de la UNMSM, realizada del 17 al 21 de marzo de 2014.

among humans. Then she analyzes the process of the words, which can semantically grow over time, transform themselves, they may die, and «resurrect» as new words on what we call neologisms. The etymological study of the words allows us to learn the pristine sense of them and their process.

Key words: Word; Greek and Latin etymology; semantic changes

Résumé

L'auteur expose brièvement le sens du «mot » à travers l'histoire. Le mot est exclusif à la personne humaine et permet la communication orale et écrite entre les êtres humains. L'auteur analyse ensuite le processus des mots, qui peuvent grandir sémantiquement à travers le temps, peuvent se transformer, peuvent mourir, et même «ressusciter» dans de nouveaux mots que nous appelons néologismes. L'étude étymologique des mots permet de connaître les sens premier des mots et leur processus.

Mots clés: Mot; étymologie gréco-latine; changements sémantiques

*«Todo lo que usted quiera, sí señor.
Pero son las palabras las que cantan, las
que suben y bajan... Me prosterno ante
ellas... Las amo, las persigo, las muerdo,
las derrito... Amo tanto las palabras, las
inesperadas...» (Pablo Neruda: Confieso
que he vivido)*

El ser humano como ser de palabra

La tesis de que el hombre es ser de palabra, la cual se realiza en el diálogo y la comunicación es muy antigua. El término «palabra», del griego «parabolé», significa, etimológicamente, comparación, alegoría.

Si hacemos un poco de historia, podemos observar que Aristóteles definía al ser humano como *zoon logon*: ‘palabra y racionalidad’, ambas juntas hacen que el hombre pueda entender, (enten-

der), pensar e interpretar el mundo. El mundo hebreo consideraba el término *dabar* como palabra y acontecimiento simultáneamente; es decir, implicaba vitalidad, dinamismo, acción. Esto aparece claramente en los mitos de la creación en el Antiguo Testamento (Yavé dijo... y se hizo la luz, la tierra, los animales...). Y esta palabra, que es acontecimiento, se hizo historia, carne (así dirá el inicio del evangelio de Juan en el Nuevo Testamento. «El verbo, la palabra, el *lógos* se hizo *sárx* (carne)»). El latín tradujo este *dabar* como 'verbo' que es la categoría lingüística más dinámica y que expresa acción, mientras que el griego asumió el término *logos*, más racional.

En la modernidad, Wittgenstein afirma la existencia de un nexo especial entre «palabra» y «conciencia», al expresar que «el filósofo trata de encontrar la palabra redentora. Es decir, la palabra que por fin nos permite agarrar aquello que hasta ahora, inabordable, ha cargado siempre nuestra conciencia» (*Filosofía*, N.º 87).

Para Heidegger, el *logos*, la palabra, tiene el carácter fundamental de «hacer patente», mostrar, exhibir. Pero no solo hay una vinculación natural entre palabras y cosas, sino que «las palabras y el lenguaje no son en absoluto envolturas en las que las cosas se empaquetan para el comercio de quienes hablan y escriben, sino que las cosas llegan a ser y son en la palabra, en el lenguaje» (*Führung in die Metaphysik*, p. 11).

Gadamer, por su parte, uno de los grandes estudiosos del sentido de la palabra y del lenguaje, considera que solo se puede aprender a través de la conversación. «Hablar es buscar la palabra; encontrarla es rebasar un límite», porque cree que lo que no logra decirse está por encima de los límites de lo finito; y, precisamente porque no se consigue, comienza a resonar en el otro. (*Poema y diálogo*, 1993).

Muerte y permanencia (vida) de la palabra

Las palabras nacen, se desarrollan, se transforman, generan frutos, emigran y a veces desaparecen. Poco o nada sabemos del origen de la palabra. No sabemos si el *homo sapiens* tuvo comunicación verbal. Solo conservamos fósiles silentes; si hablaron, sus palabras no quedaron grabadas en las piedras, tablillas o —menos aún— papiros. Pero sí, al parecer, tuvieron facultades locutivas. Como dice Luis Jaime Cisneros, al respecto, «todavía los filólogos desconocemos qué cosa sea el lenguaje: hay zonas oscuras aún inexploradas y otras ni siquiera presentidas. Solo tenemos noticias —claras y profundas, es cierto— sobre amplias zonas parciales, pero todavía es una incógnita la causa primera y primordial del lenguaje» (*Teología y Lenguaje*, 1996).

Sabemos que la comunicación interpersonal, totalmente humana, existió en los tiempos históricos; tenemos testimonios escritos más antiguos en los que se manifiesta el uso de símbolos y de alfabeto (hace más de 6000 años); pero, antes de escribir, sin duda, los humanos hablaron. La palabra escrita solo reproduce y simboliza la palabra hablada. Hay dos preguntas básicas a las que no sabemos dar respuestas certeras: ¿cómo surgieron las «palabras»? y ¿cómo surgió la sintaxis?

Nuestro interés, en esta exposición, va a ser la recuperación del sentido original de palabras castellanas, derivadas del griego clásico o latín, lenguas llamadas, comúnmente, muertas, pero que perviven en las lenguas derivadas. Considero que cada una de tales palabras conlleva, desde su origen, una reserva de sentido —*densidad semántica*, sugiero llamarla— que está presente en su interior como contenida y que, en su transitar, va explicitando unos u otros aspectos sustanciales de su sentido, de acuerdo con

la demanda o necesidades de la comunidad hablante. Cuando, al hablar o escribir, escogemos una palabra o usamos un término, despertamos la resonancia de toda su historia previa, de forma que nos remite por algún rasgo o fisura a la raíz original, como los retoños remiten al tronco común. No en vano, y refiriéndonos a Sócrates, podríamos decir que la etimología o búsqueda del sentido prístino tiene una función «mayéutica», la de sacar a la luz su núcleo fecundo. Es lo que llamamos estudio de las etimologías.

Bucear en la etimología es zambullirse en el origen de las palabras, pero no solo como captación fonética (los naturalistas consideraban que había una estrecha relación entre sonido y sentido), sino osando percibir su sabor y olor originales impregnados de saber, es decir, su sentido. Y, en esta exploración, las palabras pueden ser puentes que nos permiten pasar de un sentido a otro a través de los siglos; pero pueden resultar trampas cuando pensamos que una vez apresadas sabemos todo de ellas, porque las palabras escapan sorpresiva y pícaramente a «nuestras leyes», las que los humanos hemos «inventado» (en el sentido original de *invenio*, ‘encontrar’); mas no escapan a las suyas y, si seguimos las «huellas» de su transitar (refiriéndonos investigar, de *vestigium*, ‘huella’), como quien no quiere, nos conducen al misterioso puquio que las originó, donde peso, sabor y olor se hacen visibles, gustosas y palpables.

De alguna manera, explícita o implícitamente, la etimología ha ido siempre del brazo de la semántica, mucho antes de que se hablara científicamente de ella. Sin embargo, muchos lingüistas y estudiosos modernos han obviado en sus análisis la perspectiva etimológica, bien por considerar que esta se limita a señalar el punto de origen y el resultado actual, bien porque a menudo han tropezado con la carencia de testimonios sobre las formas primi-

tivas y consideran poco científicas las reconstrucciones hipotéticas de raíces comunes, de forma que se olvidan muchas veces de la estrecha relación, casi «familiar», que existe entre etimología y semántica. Esta relación ha sido reconocida progresivamente en los últimos años, lo que dio lugar a que la etimología se haya enriquecido con la perspectiva semántica de la reconstrucción.

La etimología no debe contentarse con el trazo insípido que une el punto de partida con el de llegada. Debe, por el contrario, pintarnos el vasto fresco de las vicisitudes que la palabra ha atravesado. La búsqueda de la raíz de una palabra o de un grupo de palabras ya no es hoy la única tarea de la etimología. Debe seguir al grupo en cuestión durante todo el tiempo en que pertenece a una lengua, en todas sus ramificaciones y todas sus relaciones con otros grupos (Wartburg, *Problèmes et méthodes de la linguistique*, 1946).¹

La etimología nos permite recapturar la imagen concreta subyacente en palabras abstractas: «definir», del latín *finis* (fin, límite); o «eliminar», de *limen* ('umbral'); «recordar» de *cor* (corazón); «revelar» de *velum* ('velo'); «desastre» de *astrum* (estrella, astro)... Pero también puede mostrarnos una especie de fisura entre el sentido original y el derivado, a los que solo un «puente» podrá enlazar, como grafica muy bien la palabra «adefesio», cuyo origen se encuentra en la carta del apóstol Pablo *ad ephesios*, carta ampulosa e incomprensible para muchos, lo cual explica el posterior sentido peyorativo del actual término adefesio...Y también nos conducirá la etimología a encontrar la carga ideológica que subyace en lo profundo, en el puquio de la lengua, cuando diferenciamos los términos «patrimonio» (*munus*, 'deber', 'tarea

1 Citado por Stephen Ullmann en *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*. Ed. Aguilar. Madrid, España. 1967.

del padre') y «matrimonio» ('deber', 'tarea de la madre') con todas sus connotaciones; o cuando descubrimos que en la esencia semántica de varón *vir* ('varón') está el sentido de fuerza, que está en la palabra *virtus* (virtud) y *vis* (fuerza); mientras que en la palabra *femina* hay una reserva de sentido de debilidad opuesta a *vir* y así es usada por Cayo Julio César en *De bello gallico*, cuando, refiriéndose a los belgas, señala que son los más fuertes por no usar aquellos productos que tienden *ad effeminandos animos* (a «feminizar» —léase debilitar— los ánimos). Y no olvidemos las veces en que, sorpresivamente, el sentido escapa del área en que se originó y llega a resultados que desafían toda previsión posible, como sucede con la palabra castellana *res* (cabeza de ganado), que proviene de *res, rei* (en latín, 'cosa') y que pasó al francés como *rien*, y al catalán como *res*, con el significado de 'nada' en ambos casos. O es el caso de la oposición *magister/minister* ('el que es más'/'el que es menos') y que dieron los vocablos 'maestro' y 'ministro', en los que la valoración se ha invertido.

Es importante, en el análisis etimológico de las palabras, considerar un cierto tipo de autonomía en el proceso de los cambios semánticos. Los términos parecen hacer gala de una impresionante libertad de movimiento, sin tomar en cuenta las reglas y las tendencias. Aunque hayan nacido al interior de una zona específica de la actividad humana, son muy capaces de emigrar hacia campos bien lejanos. Es el caso, por ejemplo, de la palabra «calamidad», cuyo origen es la palabra latina *calamitas*, derivada a su vez de *calamus* ('caña', 'paja'). ¿Qué tienen que ver nuestras «calamidades» con las pajitas, cañas o «cálamos»? Los campesinos itálos separaban laboriosamente los cereales de estos cálamos inservibles mediante la conocida faena agrícola de la trilla. Si, sorpresivamente, soplaban a continuación los vientos mediterráneos

y de nuevo quedaban granos y pajas mezclados, su labor resultaba inútil, el revoloteo de los cálamos esparcidos nuevamente por los campos resultaba una auténtica «calamidad». Nuestras calamidades se encuentran hoy muy lejos de su sentido primigenio y muy cerca, metafóricamente hablando.

Enumerar los prefijos y sufijos griegos y latinos que han pasado al castellano sería una tarea excesiva para nuestro propósito. Solo indicar que tales elementos influyen en el significado de la palabra a la que están adheridos: palabras como *explicar*, *implicar*, *replicar*, *complicar*, *suplicar*... tienen la misma raíz latina pero su significado queda transformado por los prefijos. O bien las palabras *tesis*, *síntesis*, *antítesis*, *tema*, *prótesis* tienen la misma raíz griega ('poner', 'colocar'). El estudio de prefijos y sufijos griegos y latinos puede encontrarse fácilmente en textos relativamente elementales de latín y griego.

Considero más interesante revisar algunas palabras para conocer el sentido prístino, original y su significado en las formas derivadas. Veamos algunos ejemplos:

- **Pueblo:** era el conjunto de ciudadanos romanos con plenitud de derechos. Se dividía en tres órdenes (patricios, caballeros y plebe). Integrado en sus tres órdenes, el *populus* gozaba de la soberanía y de la majestad suprema. Es, tradicionalmente, famoso el lema emblemático de la República de Roma *Senatus Populusque Romanus* ('el senado y el pueblo romano'), plasmado en siglas casi logotípicas como SPQR.

La palabra «pueblo» fue perdiendo, en determinados contextos, el valor de totalidad y pasó a señalar únicamente una parte de ella: la plebe. Se aplicaba al término pueblo lo que refería una parte de él. En el siglo XVIII, se acepta ya el va-

lor peyorativo de pueblo como opuesto a las elites dirigentes, cultas; surge la palabra derivada netamente despectiva *populacho*. Contrariamente, el cultismo *popular*, aparecido ya en el siglo XV, fue usado entonces especialmente para adjetivar las manifestaciones artísticas y culturales.

Hoy día, en el lenguaje común, lo *popular* puede oponerse a lo exclusivo, a lo elitista (¿No sigue, acaso, este mismo camino demasiadas veces en la práctica el término de origen germano *folklórico*, sinónimo de *popular*?). En ocasiones *popular* adquiere una valoración negativa y se convierte en equivalente de *vulgar*, en su acepción secundaria. Pero, simultáneamente, el término *pueblo* recobra su importancia en las sociedades democráticas, de forma que recupera, en parte, y casi exageradamente, el valor del aforismo antiguo *vox populi, vox Dei*, según los intereses políticos que estén en juego.

- **Ciudad:** Su origen latino es *civitas*, que tiene el significado de ciudad en tanto que conjunto de ciudadanos. Ciudad, palabra muy importante en el mundo latino, era una asociación política independiente y autónoma, que se administraba por sí misma mediante sus magistrados y asambleas. Los grupos de personas no unidas por estos lazos políticos a instituciones no formaban la ciudad, sino simplemente eran una *multitudo* ('multitud').

En cambio, la ciudad, lugar donde vivían los habitantes y se encontraban sus casas, palacios, calles, edificios y plaza, recibía el nombre de *urbs*. Tanto así que, en los textos clásicos latinos, la ciudad de Roma es denominada *Urbs*, la ciudad por antonomasia. De *urbs* sale urbanización, urbanismo, con referencia a los edificios y su organización; en cambio, la palabra «urbanidad» está referida a la conducta exterior de los habitantes.

- **Ciudadano:** procede de *civis*, de la misma raíz que *civitas*. Se trata del sujeto de los derechos ciudadanos existentes en Roma, desde el siglo II a. C. hasta el III p. C. en una organización genuina, aunque tomó prestados elementos diversos de legislaciones extranjeras. Estos derechos podían ser públicos: derecho a votar, a ser votado para cargos públicos, a apelar al pueblo contra la sentencia de un magistrado; los derechos privados eran el de poseer bienes, comprar, vender y el derecho a contraer matrimonio legal.

En un comienzo, en Roma, los únicos ciudadanos eran los patricios. Posteriormente, el uso de la palabra *civis* se hace extensivo a los plebeyos y, en el s. I a. C., se extiende hasta comprender a quienes pertenecen a las provincias u otras ciudades del Lacio. En el siglo III, con el emperador Caracalla, el título de ciudadano (*civis*) se concede a todos los habitantes del Imperio. No resulta muy descaminado, cuando se quiere expresar lo que significaba este título, pensar en lo que actualmente supone la posesión de un pasaporte estadounidense o europeo (es interesante leer bajo esta perspectiva la narración que se hace en los capítulos 21 y 22 del libro bíblico de los Hechos de los Apóstoles). Los esclavos no eran considerados ciudadanos, por ser personas no libres.

Cabe señalar cómo en castellano diferenciamos también los derivados de ambas palabras, lo que origina de urbe, urbanización, urbanismo (la excepción es urbanidad) un valor referente al aspecto externo de la ciudad; correspondientemente, ciudadano, ciudadanía, civismo, civil, civilidad, civilización son palabras con un valor referencial al habitante de esa urbe.

Hoy el término ciudadanía sugiere un matiz político, como indicativo de una fuente de derechos, los que sustentan la participación activa y pasiva de cada individuo en la organización social de la forma de vida de los ciudadanos en cuanto tales, quienes poseen intereses comunes dentro del mismo territorio de la ciudad, con la conciencia de pertenecer a un cuerpo organizado. Ejercer la ciudadanía, si bien es un «derecho» de todos, supone tener conocimiento de tal derecho y contar con el acceso a los medios que permitan plasmar teórica y prácticamente las opciones colectivas del conjunto de los habitantes.

- **Nación:** esta palabra, del latín *natio*, remite a la misma raíz del verbo nacer, en latín *nasci*. Aparece en el siglo XV con un valor equivalente en la práctica a «raza», pueblo en sentido amplio, que refiere a los que, habiendo nacido en un mismo lugar, comparten un destino común. En la Edad Moderna, con el surgimiento de los Estados, se comienza por vez primera en la historia a hablar de nación como sinónimo, en la práctica, de Estado y también de país. La nación supone fronteras geográficas que la encierran, con todas sus consecuencias jurídicas, en un espacio, y con sus consecuencias culturales, expresa una identidad determinada.
- **Etnia:** esta palabra, del griego *ethnós*, *ethnous*, tiene también un valor semántico de raza, pueblo, pero incluye una perspectiva más cultural que política. En la etnia, se prioriza sobre todo la lengua, ritos, creencias, cosmovisión, valores y costumbres de un grupo con características propias, distinto a otros grupos. En esta diferencia, pueden estar también las características externas de los miembros (color, estatura,

conformación fisiológica etc.), aunque a estas las representa mejor la palabra «raza». En nuestra lengua, la aparición del término *etnia* y sus derivados *étnico/a* data del siglo XVII.

- **Identidad:** es una palabra surgida del latín tardío *identitas*; es en realidad un derivado de *idem* ('el mismo', o 'lo mismo') + *entitas* (entidad —del participio de presente del verbo ser: lo que es—). Viene a ser la igualdad de una persona o cosa con lo que ella misma es; igual e idéntico no son equivalentes. Sin embargo, como decíamos al hablar de nación, en el contexto sociopolítico y cultural moderno, el término *identidad* expresa la coherencia de una persona o grupo con sus propias raíces. Si bien el adjetivo derivado «*idéntico*» alude, en el lenguaje común, a semejanza, igualdad o parecido entre seres o cosas, el sustantivo *identidad* se ha enriquecido con un referente casi metafísico, que expresa lo más propio y profundo de una persona, grupo o comunidad. En la *identidad*, hay un aspecto dado (como en *nación* = nacido en un lugar) y un aspecto volitivo, el que depende de la aceptación voluntaria de las distintas realidades, que supone el origen propio o el de la comunidad o grupo. Esta palabra se ha enriquecido durante el curso de su historia.

- **Alteridad:** Viene de *alter* ('otro'). Es palabra que porta en su entraña la referencia a los otros, a los demás. Semánticamente, alude al reconocimiento de todo tipo de diferencias: carácter, ideas, afiliación política o religiosa, género, edad, clases, raza, *identidad* y hábitos culturales. La interculturalidad —de la que actualmente se habla con frecuencia— es una de las múltiples áreas que comprende la *alteridad*, y se

refiere, específicamente, a las diferencias de identidad y hábitos culturales.

Para que una referencia o relación con el «otro» sea posible se precisan dos polos: el de la propia identidad, fundada sobre un «yo» o un «nosotros», y el de la alteridad, cuya base ha de ser buscada en un «otro» u «otros» diferentes.

Cuando alguien «se altera», quiere decir etimológicamente que se ha convertido en «otro». Paralelamente, una alternativa viene a ser «otra» vía que se ofrece como propuesta posible. En todo caso, la palabra que nos ocupa siempre juega con lo diferente como concepto infaltable en su dinámica expresiva.

- **Sociedad:** aparece esta palabra en la primera mitad del siglo XIII como un derivado del término latino *societas*, con el significado de ‘compañía’. Esta palabra se ha venido cargando, con cierta intencionalidad o sin ella, de matices frecuentemente militares (dos siglos más tarde la *Societas Iesu* se conocerá como «Compañía de Jesús» y sus miembros han sido vistos alternativamente como soldados o compañeros, conforme a diferentes apreciaciones).

El significado original de la palabra sociedad (grupo de personas que conviven y se acompañan entre sí) se amplió cuantitativamente y llegó a significar hoy día el conjunto de personas que conforman un país, una nación o hasta un continente en un período determinado (ej. sociedad medieval, sociedad moderna etc.). Estas personas, si bien conviven en un territorio o lugar geográfico común en un tiempo específico, no por ello se puede afirmar que mantengan relaciones directas entre sí. La palabra ha tenido una ampliación

cuantitativa y ha perdido el sentido primigenio de relación afectiva.

- **Anonimato:** procede de *a* (privativa) + *n* (eufónica) + *onoma* ('nombre'). Su valor etimológico es «aquello que carece de nombre». De ahí, pasa a ser empleada (la palabra) en su forma derivada «anónimo», para expresar específicamente la autoría desconocida. El anonimato viene a ser el antivalor de lo personal cuando niega su más preciada característica que es la identidad. En efecto, el «nombre» en la tradición semita, también en la griega y, en parte, en la romana, designaba un punto esencial de la persona, o su función en la sociedad. Carecer de nombre es carecer de identidad, no ser persona. Hoy día, el anonimato está ligado a las actuaciones masivas donde es difícil percibir las características propias de cada uno.
- **Anomia:** es una palabra formada por *a* (privativa) + *nomos* (ley, uso, costumbre). Es un neologismo moderno para expresar la falta de normas, pautas, reglamentos, órdenes o leyes en el comportamiento colectivo. En realidad, no expresa la falta de tales leyes o principios, sino la prescindencia de ellos en la actuación de ciertos grupos sociales. Se trata de un caso donde la palabra original griega *nomos* ha muerto para la lengua castellana (no encontraremos quien diga *nomia*), pero pervive en el neologismo creado para indicar —como queda dicho— una carencia.

A menudo, por una falta de comprensión etimológica, se ha confundido el significado de anomia con el de anonimato analizado anteriormente; sin embargo, tanto etimológica como semánticamente, son dos términos completamente distintos.

- **Criterio:** es una palabra que tiene como base la raíz griega del verbo *krino* ('separar', 'discernir', 'juzgar'), equivalente a juicio o discernimiento. Se han ido formando palabras que se relacionan con su reserva original de sentido. Así, el crítico es un buen separador (de aspectos buenos, malos, notables, dignos en todo caso de tener en cuenta...), como lo son también hipercrítico, discreto o discriminador. De la misma raíz verbal, surge el término «crisis», con el valor de cambio grave que sobreviene en una enfermedad para mejoría o empeoramiento. Como sucede muchas veces, hay derivados castellanos que tienen su fuente más próxima en el latín; es el caso de «secreto» (aquello que se pone aparte, escondido). Especialmente interesante es la formación de «hipócrita», palabra que actualmente indica la persona que simula ser quien no es en realidad. Su carga peyorativa sobrevino en el siglo XV, ya que los griegos significaron con ella simplemente a los actores de teatro.

Resumiendo lo expuesto hasta ahora, podemos concluir diciendo que dentro del repertorio de palabras de la lengua castellana, derivadas del latín o griego, muchas de ellas han mantenido su significado primigenio, como hemos ido demostrando en las páginas anteriores, con variaciones a través del tiempo, que han ampliado o restringido dicho significado. Otras palabras, en número inferior, permanecen casi idénticas a la forma original o con mínimas variaciones fonéticas. Se trata, en general, de neologismos y palabras compuestas, usados principalmente en ciencias médicas, biológicas, naturales, etc. Un ejemplo de ello es la palabra *pathos* ('todo lo que uno experimenta o siente') que no ha permanecido en el castellano, sino en neologismos como *patología*,

homeopatía, osteopatía, neurópata, psicópata, telepatía, etc., y en palabras como *apatía, simpatía, antipatía*. O es el caso de la palabra *cardia* (en latín *cor, cordis* ‘corazón’), que si bien murió como tal, pervive en palabras compuestas tales como *cardiograma, cardiovascular, taquicardia, cardiólogo*, etc.

José María Valverde, poeta y filósofo, nos dice en su poema «Desde la palabra»:

Por la palabra salimos (...)
Por la palabra miramos atrás (...)
Por la palabra somos gente, y no estamos solos,
y también podemos estar solos, por hablar con nuestra misma
compañía...
La palabra ha nacido rota,
abierta hacia fuera, hacia allá...

Y así legamos nuestras palabras a los que vendrán, conscientes de que sabrán desentrañar la sabiduría (saber y sabor) que ellas encierran.

Bibliografía

- AGUILAR SAHAGÚN, Luis Armando. «El sentido de la palabra en el mundo contemporáneo». En *Logos*, Revista de Filosofía, N.º 89, mayo-agosto. México, 2002.
- BALLY, Charles. *El lenguaje y la vida*. Buenos Aires, Edit. Losada, 1962.
- BOERO, Mario. «Wittgenstein y “la palabra redentora”». En *Logos*, Revista de Filosofía N.º 71, mayo-agosto. México, 1996.
- COROMINAS, Joan. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid, Edit. Gredos, 1980.
- GISPERT-SAUCH COLLs, Ana María. *Un estudio sobre etimologías greco-latinas y su repercusión en vocablos de la lengua castellana*. Investigación del Instituto de Investigaciones Humanísticas de la UNMSM. Lima, 2001.

LÁZARO CARRETER, Fernando. *Diccionario de términos filológicos*. Madrid, Edit. Gredos, 2008.

MARÍAS, José Antonio. *La selva del lenguaje. Introducción a un diccionario de los sentimientos*. Barcelona, Edit. Anagrama, 1998.

NERUDA, Pablo. *Confieso que he vivido*. Santafé de Bogotá, Edit. Oveja Negra, 1985.

VALVERDE, José María. *Poesía*. Madrid, Edit. Trotta, 1998.

Correspondencia

Ana María Gispert-Sauch Colls

Docente del Departamento Académico de Lingüística de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM

Correo electrónico: borrellgispert@gmail.com